

EL PESCADOR Y EL PESCADO INTERESADO

CUENTO DEL MAR DEL NORTE

PUES HABÍA ESTE HOMBRE QUE ERA PESCADOR y vivía con su esposa en una cabaña cerca del mar —porque tal como está el tráfico, si hubiese vivido lejos del mar el viaje de casa al trabajo y del trabajo a casa habría sido una pesadez—. Y su mujer, que un día le sorprendió durmiendo como de costumbre en una hamaca, le increpó:

—Oye, levántate de una vez y márchate a echar las redes, que no van a venir los peces a metérsete en los bolsillos.

—Y aunque se metiese un banco de sardinas en ellos no podría pescarlas —repuso él algo adormilado— porque tú ya no quieres coser y los tengo llenos de agujeros.

Pero para no irritar más de la cuenta a su mujer, que era de armas tomar, se levantó resoplando mucho, se fue a una pequeña barca que tenía amarrada cerca de allí y se echó a la mar.

—Aquí podré dormir sin que nadie me moleste —se dijo, lanzó una red, por si alguien le veía de lejos, para que no le fuese con el cuento a su mujer, y se tumbó en el fondo de la barca, que no era muy cómoda porque el banco se le clavaba en los riñones, pero el hombre prefería un moratón en la espalda a las recriminaciones de su esposa.

A él le parecía haber dormido un momento —aunque llevaba ya horas roncando tan ruidosamente que pocos eran los peces que se atrevían a aventurarse en las cercanías de la barca— cuando le despertó un violento balanceo. Un gran pez había quedado atrapado en la red y, al intentar escaparse, hacía cabecear la embarcación. De haber sido más pequeño el animal, le habría dejado escapar y habría seguido durmiendo, pero siendo tan grande el bicho, temió el pescador por la seguridad de su barca y de su siesta. Así que se incorporó, echó mano de un martillo que llevaba consigo para estas ocasiones y se aprestó a jalar un poco de la red para llevar al pez a la superficie y asentarle un mazazo.

Enseguida vio que se trataba de un pez de color dorado, que de la cola a la boca medía por lo menos metro y medio. No había visto nunca nada parecido, por lo que exclamó:

—¡Pero leche!

Y el pez seguía revolviéndose y pegando coletazos con los que lanzaba, como si le escupiese, andanadas de espuma a la cara del pescador.

—Vaya bicharraco —dijo el pescador, y levantó el martillo esperando a ver si el pez se ponía a tiro para descargarle un buen golpe por encima de las agallas.

—No lo hagas, por favor —le dijo el gran pez dorado, se quedó muy quieto, como si se sometiese voluntariamente, y le miró con dos grandes ojos de besugo.

—¿Y por qué no lo voy a hacer, especie de bestia? Si te machaco el poco cerebro que tienes —aquí se quedó dudando porque no estaba seguro de que los peces tuviesen cerebro, pero no se demoró demasiado tiempo en cuestiones científicas— te subiré a mi barca, te llevaré a puerto, después a mi casa, te trocearé bien —las cocochas me las comeré crudas y bien frescas— y te meteré en el congelador. Así tendremos pescado para mucho tiempo y mi mujer me dejará echar la siesta en paz.

—Si me permites seguir viviendo te recompensaré como te mereces.

—No, como me merezco, no —repuso el pescador, que, aunque mezquino, no era tonto— mucho mejor de lo que me merezco. Por cierto, ¿qué clase de pez eres?

—Soy un merluzo, un merluzo dorado. Y te daré mucho más de lo que podrías merecer en toda tu vida. Cuando vuelvas a tu casa, te encontrarás con todo el suelo de la cabaña lleno de oro, y el oro te cubrirá hasta los tobillos.

—Bueno, pues te voy a dejar ir, pero si me engañas vuelvo aquí mañana y echaré dinamita al agua para que explote dentro,

y así te reventará la vejiga, y vas a estar bien hecho la puñeta hasta que te ahogues.

—Tienes mi palabra de honor.

El pescador no acababa de fiarse pero tampoco tenía muchas ganas de pescar, porque los peces son muy latosos y se resisten muchísimo a que los maten: además, limpiar las escamas y trocear un pez tan grande le iba a dar mucho trabajo y, aunque le hubiese engañado, por lo menos tendría una justificación para explicar a su esposa por qué volvía con las manos vacías. Así que ayudó al pez a zafarse de la red.

—Gracias, gracias —dijo el pez, y le hizo unas reverencias un poco serviles.

El pescador volvió a su casa preguntándose si le habrían estafado como a un chino, pero ya de lejos vio a su mujer dando saltos de alegría delante de la puerta y, como su mujer no acostumbraba a dar saltos de alegría delante de la puerta ni de ningún sitio, el pescador dedujo que el pez había cumplido su palabra.

—Marido, marido —gritó la mujer en cuanto lo avistó—. Somos ricos, el suelo de la casa está cubierto de oro, la cocina, el dormitorio, y hasta el cuarto de baño, que hay que vadear las habitaciones como si se estuviese en una marisma.

—Ya lo sé, mujer, que soy yo el artífice de nuestra fortuna —repuso el pescador, quien además de vago y torpe era presumido. Y contó a su mujer lo que le había acontecido.

Los días siguientes los pasaron comprando. Como siempre habían sido pobres empezaron por comprarse cosas inútiles pero ostentosas, más pensadas para impresionar a los vecinos que para satisfacer las propias necesidades —y no es que los ricos de toda la vida sean más listos, pero ellos tienen el dinero para hacer ambas cosas a un tiempo—. Se compraron unos cuadros muy feos con marcos dorados, y un gran colmillo de marfil en el que alguien se había entretenido en esculpir figuras tan diminutas que no se sabía lo que representaban; tiraron todos los muebles y compraron nuevos, encargaron un coche americano para tenerlo aparcado delante de la puerta, ya que no sabían conducir, y reservaron varios viajes a sitios exóticos a los que no tenían ganas de ir porque como en casa en ningún sitio, pero para que se corriese la voz entre los vecinos.

Y es verdad que enseguida se corrió la voz de su repentina riqueza. Así que les pasó lo que les pasa a los ricos, que les hicieron muchos descuentos y muchos regalos, y había tiendas en las que ni siquiera tenían que pagar, sino que dejaban a deber para el día en que el banco les tasase todo el oro. Los comerciantes no tenían ninguna prisa en cobrar, al parecer deseosos de estar en buenos términos con quienes podían convertirse en clientes fabulosos.

Pero el coche americano resultó ser más largo que ancha la casa, con lo que parecía estar aparcado delante de la caseta del perro.

—Es que si naces más tonto, naces mendrugo de pan —le recriminó la mujer —que como todas las mujeres de los cuentos era meticona y avariciosa— a su marido —que como todos los maridos de los cuentos era papanatas y calzonazos—. Podías haber pedido mucho más al pejerraco ése que pescaste. Anda que si soy yo la que lo pesca íbamos a estar viviendo todavía en esta choza, especie de pánfilo.

Más por dejar de oír los reproches de su señora que porque confiara en encontrarse de nuevo con el pez, el pescador se echó a la mar con la red y el martillo. Volvió a acomodarse en el fondo de la barca hasta que otra vez le despertaron los cabeceos en medio de su estruendoso sueño.

Allí estaba el enorme pez dorado, atrapado en la red y luchando por escapar de ella.

—Este pez es más tonto que Abundio —se dijo el pescador, recogió parte de la red y cuando tuvo cerca al pez levantó el martillo.

—No me mates, por favor —le rogó el pez— y sabré recompensarte debidamente.

—Más te vale, merluzo. ¿Qué me vas a dar esta vez?

—Si me dejas marchar, cuando llegues a tu casa te encontrarás toda la vivienda llena de oro hasta cubrirte las rodillas.

Pero el pescador había aprendido la lección, así que no quiso conformarse.

—Poca cosa es ésa, mentecato, si quieres que salve tu preciosa vida —e hizo ademán de descargar un martillazo en la cabeza del pez.

—Aguarda, no me mates. Si me dejas vivir, llenaré tu casa de oro hasta que el metal te cubra hasta el ojo del culo.

El pescador meditó un momento si podía haber allí algún insulto que se le escapaba, pero como *pecunia non olet*, decidió darse por satisfecho.

—Bueno, pero como me engañes vuelvo con cartuchos de dinamita, y los hago explotar en el agua y vas a ver qué risa te da, pedazo de atún.

Y dejó libre al pez, que se fue nadando tan contento, trazando una estela dorada sobre la superficie.

Al llegar a su casa encontró a su mujer delante de la puerta dando saltos en ropa interior, de lo que dedujo que el pez había cumplido su palabra. Y así era, el oro le llegaba al pescador justo hasta el ojo del culo.

«Qué tino tiene este pez», se dijo el pescador, y corrió con su mujer a comprar una nueva casa, con cincuenta habitaciones y muebles de estilo en todas ellas, y a comprar un yate con retretes de platino —el oro se le hacía ya un poco aburrido—, y también se compraron una isla en un país que tuvieron que buscar en el mapa para averiguar dónde se encontraba.

Tampoco en esta ocasión tuvieron que pagar muchas de sus compras. Los vendedores les hacían zalemas y besamanos, se interesaban por su salud, les reían los chistes poniéndose delica-

damente un puño delante de la boca para no echarles salivillas, y quedaban a su servicio, ofendiéndose muchísimo si el pescador o la pescadora mencionaban el pago de los bienes: para eso hay tiempo, respondían, ustedes disfruten, que es lo importante, lo demás en su momento.

Así que quedaron tan contentos el pescador y la pescadora, con una casa tan grande que algunos días el matrimonio ni se veía, lo que el pescador agradecía mucho porque así podía echarse sus siestas sin que nadie le molestase: cada día elegía una habitación para dormir y cuando estaba despierto se entretenía en comparar una cama con otra, cuál era más mullida, cuál tenía las sábanas más suaves, cuál las mantas más calentitas.

Un día que se había echado a dormir tranquilamente, le despertó un violento balanceo, y el pescador pensó: «maldito pez, ya está otra vez dándome la murga», pero cuando abrió los ojos no estaba allí el merluzo dorado, sino su mujer mirándole con cara de pocos amigos, que, de todas formas, era como solía mirarle.

—Qué, ¿que te vas a pasar la vida durmiendo como un cerdo, o te vas a decidir por fin a asegurar el futuro de tu familia? Cacho de haragán.

—Mujer, si somos ricos, y uno se hace rico para poder tumbarse a la bartola, no para seguir trabajando.

—¿Pero tú te has dado cuenta de que si ahora el pez nos llenase la casa de oro seríamos los más ricos del mundo? Porque poco mérito tenía llenar de oro ese galpón en que vivíamos,

donde no cabía un enano tumbado, pero si nos llenase de oro esta casa con cincuenta habitaciones, ya no deberíamos pensar nunca más en el dinero, y tendríamos asegurada una vejez sin preocupaciones.

El pescador se levantó refunfuñando, porque sabía que hasta que no satisficiera el deseo de su mujer no le dejaría dormir tranquilo otra vez, y por mucho que se escondiera, la muy bruja recorrería todas las habitaciones de la casa hasta dar con él. Así que montó en el yate con los retretes de platino y se hizo a la mar. Esta vez no se acostó, porque sabía que con un yate tan grande y con literas tan cómodas, el pez no iba a poder despartarle dando tirones de la red como otras veces.

Tras echar la red se quedó asomado a la borda, dormitando de pie, hasta que notó que algo había quedado atrapado en la malla.

—Desde luego, el pez éste es más tonto que el que asó la manteca. ¡Pues no se ha dejado pescar otra vez!

Le costó mucho trabajo subir la red a bordo, porque ahora la borda estaba mucho más lejos de la superficie del agua y porque el pez había engordado hasta parecer un ballenato, eso sí, dorado.

En lugar de un martillo, el pescador levantó esta vez un pesado mazo, que las gentes de mar llaman mandarria. Pues eso: el pescador hizo ademán de ir a estrellar la mandarria en la cabeza del pez.

—No me mates, por favor, pescador —rogó éste.

—¿Y por qué no te voy a matar? So merluzo.

—Porque te he hecho rico.

—Sí, pero eso ha sido en pago porque no te he matado otras veces. Y como estamos en paz, ahora sí puedo matarte.

—¿Y qué te daría yo a cambio de mi vida, si ya eres un hombre adinerado?

—Déjate de mandangas y prométeme que me vas a llenar la casa de oro, pero mi nueva casa, la de cincuenta habitaciones y ocho cuartos de baño.

—Bueno, si me dejas con vida, llenaré de oro tu casa, la de las cincuenta habitaciones y ocho cuartos de baño, hasta que el oro cubra a tu mujer hasta las tetas.

El pescador dudó un momento, porque su mujer estaba ya entrando en años y las carnes se le iban escurriendo esqueleto abajo: si hubiese pedido el mismo deseo diez años antes habría recibido mucho más oro. Pero decidió que la avaricia la castiga Dios, y que debía conformarse con lo que le ofrecía el pez.

—Vale. Pero como me engañes compro un par de misiles y te los hago estallar donde tú sabes.

El pescador puso proa a tierra y se apresuró a llegar a su casa. Ya de lejos vio a su mujer haciendo muchas zapatetas disfrazada de hawaiana, de lo que dedujo que el pez había cumplido su palabra.

—Habrá que comprar otra casa hasta que el banco se lleve el oro, porque aquí ya no hay quien entre.

Aún no había acabado de hablar, cuando alguien le dio unos golpecitos —algo violentos, la verdad— en el hombro. Era el vendedor de la constructora a la que habían comprado la casa.

—Hombre, llega usted que ni pintado. Estaba diciendo a mi mujer que teníamos que comprar otra casa.

—Me parece muy bien. Pero primero tienen que pagar ésta.

—Es que el banco aún no me ha tasado el oro, pero si no quiere esperar, llévese el contenido de una habitación, y se puede usted dar por más que satisfecho.

—Su oro me lo paso yo por el arco del triunfo —fue la insospechada respuesta del vendedor.

—Es usted un majadero, y me voy a encargar de que lo despidan de su trabajo. Va a ver lo que le dice su jefe cuando se entere de que ha rechazado mi oferta.

—Como la aceptase sí que me despedirían. Quiero el dinero mañana por la mañana, y no me venga usted con su oro, que vale menos que a un sapo una maquinilla de afeitar.

Y se fue sin hacer zalemas, y sin besamanos, y sin desearles salud, y sin reírse poniéndose finamente el puño delante de la boca.

—A éste se le ha ido la bola —comentó el pescador a su mujer, pero apenas había terminado de decirlo, cuando ya le estaba alguien dando tirones no muy suaves de la camisa. Era el vendedor de coches.

—Yo creo que ya va siendo hora de que paguen lo que deben, antes de que su mujer se estrelle por ahí contra un árbol y deje el coche hecho migas.

El pescador se molestó muchísimo, no por el comentario machista, del que ni siquiera se percató, sino porque ese mismo vendedor le había dicho que bastaba con que le firmase un reconocimiento de deuda, y que seguramente no pasarían a cobrar hasta el año siguiente.

—Es usted un sinvergüenza.

—Pero yo pago mis deudas. Apoquine y no me dé lecciones de moral.

El pescador se volvió desconcertado hacia su mujer, que ahora tenía una pinta bastante ridícula con sus escasas ropas de hawaiana, pero ella estaba mirando al vendedor como si le hubiese dado un aire —a ella, no al vendedor—.

—Bueno, llévese usted todo el oro que pueda acarrear y déjenos en paz.

—Oro del que cagó el moro —repuso el vendedor, y empezó a dar carcajadas sin ponerse finamente el puño delante de la boca y llenando de chivos al matrimonio de pescadores—. Billetes de banco, mañana por la mañana.

Y se fue muy tieso y sin despedirse.

—Algo me huele mal —dijo el pescador a su esposa.

—Serán tus manos que atufan a pescado, especie de patán —dijo alguien a sus espaldas.

Era otro vendedor, que también venía a exigir el pago inmediato de no sé cuántos electrodomésticos.

El pescador ya no se atrevió a responder; tan sólo hizo un gesto dubitativo hacia la casa llena de oro.

—¿Oro? ¿Me tomas por tonto? El precio del oro está por los suelos, por culpa de un listillo que derrocha oro a troche y moche y que además tiene reservas inagotables que va a poner en circulación cualquier día. ¿Quién va a querer oro si hay toneladas y toneladas al alcance de la mano? Una onza de oro vale ya menos que una chapa de Pepsi Cola. Así que te quiero ver mañana por la mañana en mi despacho con un buen fajo de billetes.

Qué tristeza la del pescador, que, aunque no conocía la ley de la oferta y la demanda, sí se daba cuenta de que tenía la casa llena no de metal precioso, sino de una especie de hojalata que sólo podría vender como chatarra. Qué tristeza la de la pescadora, que se iba quitando una por una las guirnaldas del cuello y las flores del pelo, mientras murmuraba:

—Cómo nos ha engañado el maldito pez, pobres de nosotros.

Pero el pescador, hombre al fin y al cabo y por tanto incapaz de percibir las propias limitaciones, dijo muy torero:

—Tú déjame a mí, esto lo arreglo yo en un pispás.

Como descubrió que alguien le había puesto una barra con candado en el timón del yate, se fue a su vieja barca, cogió su vieja red y su viejo martillo, y se echó a la mar. Esta vez no se

durmió, sino que bien despierto oteaba el horizonte. Muy pronto vio un fulgor dorado ascender de las profundidades. Pero el pez daba vueltas alrededor de la barca sin quedar preso en las redes.

—¡Merluzo del demonio! Ven aquí ahora mismo. Estafador.

El pez asomó la cabeza y cuando el pescador alzó el martillo amenazante, aunque a la distancia que estaba el pez no le habría acertado ni aunque el pescador hubiese sido un auténtico lanzador de martillo, le dijo de mal humor:

—¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—Deslenguado —le recriminó el pescador, sin darse cuenta de que había hecho un bonito juego de palabras—. Hablarme así a mí, que te he salvado tres veces la vida. Y a cambio tú me arruinas. Los vendedores me asedian para que les pague y tu oro les interesa menos que el serrín.

—¿Y qué quieres que yo le haga?

—Pues si eres tan poderoso, obligarles a que no vuelvan a mi casa para cobrar.

—No sería lógico —repuso enigmáticamente el pez.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el pescador rascándose desconcertado la almendra.

—Pues que no sería lógico que les diga hoy que vayan a cobrar y mañana que se olviden de la deuda. Yo soy un patrono consecuente.

El pescador tuvo que sentarse en la barca para no caer al mar.

—No me dirás que eres tú su jefe.

Al merluzo le asomó al rostro una sonrisa fatua.

—Soy su jefe y ahora además soy tu dueño. Porque es a mí a quien debes todo ese dinero. Las tiendas en que has contraído las deudas me pertenecen, así que me vas a devolver el oro, que ahora vale muy poco, y vas a trabajar para mí el resto de tu vida. Y tu mujer va a venir todos los días a sacar brillo a mis escamas. ¿Entendido?

—Pero no puedes hacerme eso —lloriqueó el pescador—. Te he salvado la vida.

—Y yo te he hecho rico. La vida se pasa, la riqueza también. Mañana te presentas en la constructora. Allí te darán un pico y una pala. Así que vete a descansar, que te va a hacer falta.

—No tienes corazón —dijo el pescador, y se quedó un momento dudando si sería verdad que los peces no tienen corazón. Pero tampoco esta duda científica le preocupó mucho rato. Compungido se puso a remar hacia la costa, y ya veía de lejos a su mujer delante de la cabaña sin dar salto ninguno y con las ropas viejas puestas.

—Tú —oyó que aún le decía el pez.

El pescador no respondió porque sabía que había llegado el momento de la moraleja.

—Así aprenderás a distinguir a un merluzo de un tiburón de las finanzas, imbécil.

Y el pez se hundió en las aguas dejando tras de sí una estela dorada.

EL SEÑOR COCODRILO Y LA NIÑA NEGRA
CUENTO DE LOS BKOMBA DEL GNONGO (ALTO TSEMBU)

EL SEÑOR COCODRILO está tumbado a la orilla del río, con el cuerpo pintado de verdín sumergido en el agua, y con la cabezota enorme asomada al sol. Tiene la bocaza abierta para que el pájaro dentista le quite todos los residuos que lleva entre los dientes a picotazos precisos.

¿Y qué dice el señor cocodrilo mientras está tumbado a la orilla del río, con el cuerpo pintado de verdín sumergido en el agua y con la cabezota enorme asomada al sol?

El señor cocodrilo dice:

Pobre de mí, ngunga bombé, oyé, oyé.

Y lo dice una y otra vez:

Pobre de mí, ngunga bombé, oyé, oyé.

Tantas veces lo dice que el pájaro dentista tiene ya la cabeza como un bombo, y está pensando en buscarse otro empleo;

podría ir a cuidar las encías del señor hipopótamo, que es mucho más silencioso, porque aunque acostumbra a abrir las fauces hasta desencajarlas, no dice esta boca es mía, quizá porque una boca de ese tamaño no puede ser más que del señor hipopótamo, así que para qué anunciarlo a los cuatro vientos; pero el señor hipopótamo no come más que porquerías que encuentra en el fondo del río, y el aliento le atufa siempre a lodo y cosas podridas, mientras que el señor cocodrilo se merienda animalillos suculentos, por lo que el pájaro dentista prefiere las sobras del señor cocodrilo a las del señor hipopótamo. Así que continúa quitando los restos de carne de entre los dientes del señor cocodrilo a picotazos precisos, porque si no fueren precisos e hiciese daño al señor cocodrilo —que además de cantar como una tubería atascada es un quejica—, el señor cocodrilo le daría una dentellada como la que le dio a su abuelo, a su difunto abuelo.

¿Por qué se queja, señor cocodrilo, y dice:

Pobre de mí, ngunga bombé, oyé oyé?

le pregunta el pájaro dentista a ver si así se distrae el señor cocodrilo y deja de darle la matraca.

¿Cómo no me voy a quejar?

Pobre de mí, ngunga bombé, oyé, oyé,

si llevo meses aguardando en esta orilla, porque es a esta orilla a la que viene la niña negra de rizos espesos, la niña de mirada de alacrán, la niña de deditos como lombrices, la niña de hombros como guijarros lavados por el río, la niña negra

que todas las mañanas viene a la orilla del río a orinar porque le gusta ver cómo el pis hace un agujero en la arena, y luego lo desborda y forma un arroyo chiquitito que llega casi hasta aquí, donde yo estoy, y yo la llamo todas las mañanas con mi voz juvenil —aquí el señor cocodrilo miró de reojo al pájaro dentista para ver si se atrevía a contradecirle, pero el pájaro dentista era un pájaro prudente que había aprendido mucho de su abuelo, de su difunto abuelo, y se calló como una piedra—, y la llamo y le digo:

Niña negra, zúmbala sumbé, ayé, ayé

Pero ella me tira un puñado de tierra a la cara y sale corriendo, aunque yo le grite:

Niña negra, zúmbala sumbé, ayé, ayé

Ven a subirte a mi espalda y te pasearé por el río como la canoa del Dios Re a las hijas del faraón, bajaremos hablando con la corriente que nos contará historias muy antiguas, tan antiguas como el río y la selva, más antiguas que los poblados y los caminos, y buscaremos nidos de ave entre las espesuras del manglar, e iremos a visitar al señor hipopótamo, y le cantaremos

Wué vó, wué vó, salé, salé,

para despertarle, y cuando abra su bocota para bostezar le tiraremos migas de pan y bolas de liana.

Pero la niña negra no para de correr y nunca, nunca viene a montarse en mi lomo para pasearse por el río como una reina egipcia y calentar mi espalda fría con sus nalguitas tibias, aun-

que yo le haría coronas de flores y pulseras de bejuco y le cantarían hermosas canciones que he aprendido de las aguas, arrullándola, y meciéndola con mucho cuidado hasta que la niña negra se durmiese tan tranquila y feliz como sobre las rodillas de su madre.

El pájaro dentista, prudente como hemos visto, no dijo al señor cocodrilo que a él tampoco se le pasaría por la cabeza pasearse sobre el lomo del señor cocodrilo si fuese la niña negra, porque al señor cocodrilo ya lo conocían todos en la vecindad, y sabían que le gustaban mucho las niñas negras, y que las engatusaba con sus ojos acuosos de desdichado, y les decía cosas amables y las invitaba a pasear por el río, y muchos le habían visto descender la corriente con una niña negra sentada encima de él como si cabalgase un tronco, pero luego el señor cocodrilo siempre regresaba a la orilla sin ellas, y si le preguntaban «señor cocodrilo, ¿dónde está la niña negra que se fue con usted aguas abajo?», el señor cocodrilo ponía ojos soñadores, suspiraba enternecido, y se relamía un poquito.

Y mira tú por dónde, que de la espesura asoma dando saltos y cantando la niña negra que tan infeliz hacía al señor cocodrilo. Y la niña negra, como era su costumbre, se puso en cuclillas y comenzó a orinar sobre la arena para ver cómo el pis hacía un hoyo y lo desbordaba enseguida formando un reguero que se iba hacia donde estaba el señor cocodrilo.

El señor cocodrilo carraspeó un poco y, con lo que él consideraba una voz juvenil, comenzó a cantar:

Zúmbala, sumbé, ayé, ayé

y a prometer a la niña negra que la llevaría sobre la espalda como a una reina egipcia, y que nadaría con tanto cuidado que a ella no se le mojaría ni uno de sus rizos espesos y ni uno de sus dedos como lombrices.

El pájaro dentista, que además de prudente era un cobarde de aquí te espero, no advirtió a la niña del peligro que corría; se limitó a dar un par de saltitos para alejarse del señor cocodrilo, temeroso de que éste saliese de un brinco del agua con las fauces abiertas, como le había visto hacer cuando las gacelas se acercaban a beber, y le aplastase al caer, que el señor cocodrilo estaba bastante gordo, y si le caía encima al pájaro dentista lo iba dejar tan plano que parecería una fotocopia en color. Y aunque la niña negra le daba algo de pena, porque sabía la suerte que correría si se dejaba seducir por las palabras melosas del señor cocodrilo, el destino de su abuelo le había vuelto prudente y cobardica.

La niña negra terminó de hacer pis y se quedó un momento escuchando el canto, los lamentos y las invitaciones del señor cocodrilo. Tuvo que esperar un largo rato para que el señor cocodrilo hiciese una pausa —porque el señor cocodrilo no se callaba ni buceando—, y entonces le preguntó:

—¿Es verdad que si me subo a su espalda me llevará de paseo por el río como a una reina egipcia?

—Sí, niña negra —respondió el señor cocodrilo muy alegre, porque era la primera vez que la niña negra se dirigía a él—. Te llevaré de paseo por el río y meteré la cabeza en el agua, para

que nadie vea que vas conmigo, y todos pensarán que navegas sobre una barca de juncos y hojas que te fabricaste tú sola.

—¿Y me hará coronas de flores y pulseras de bejuco?

—Todas las que tú quieras, niña negra. Yo soy un gran artesano capaz de hacer bonitos adornos que te convertirán en la niña más bonita del poblado —aseguró el señor cocodrilo, porque suponía que la niña negra era una coqueta y que no sería difícil engatusarla si le prometía belleza.

—¿Y no te darás la vuelta en el agua y me enseñarás tu panza blancuzca, que me da mucho asco?

—Nunca te haría yo eso, niña negra —juró solemnemente el señor cocodrilo, cada vez más entusiasmado, porque la experiencia le decía que en cuanto las niñas conversaban con él ya la batalla estaba casi ganada. Lo difícil era que no les diese miedo hablar con alguien tan feo como él.

—¿Y no me tirarás al agua cuando estemos en medio del río y dejarás que me hunda en las aguas oscuras para tenerme a tu merced en el fondo de cieno, en los lodos revueltos donde nadie vería lo que me haces?

—Me ofendes, niña negra. Lo único que quiero es que te sientes sobre mi lomo y disfrutes el viaje. Y que calientes un poco mi espalda tan fría con tus nalguitas tibias.

La niña negra se quedó un momento dudando. Volvió a acucillarse como si fuese a orinar de nuevo. El pájaro dentista casi abrió el pico para advertirle del peligro que corría. «No, niña negra, no te vayas con el señor cocodrilo, que dicen que

se lleva a las niñas negras río abajo, más allá de los límites del poblado, allí adonde no llega ningún camino, de donde luego regresa con los ojos soñadores y relamiéndose feliz, y nunca más se sabe de las niñas negras a las que se llevó allá lejos.» Pero ¿y luego? ¿Cómo se iba a atrever a meterse después en la boca del señor cocodrilo para rebañarle los dientes sabiendo que le había fastidiado el plan y cómo las gastaba el señor cocodrilo? ¿Quién le decía que el señor cocodrilo no iba a cerrar la boca de pronto, clac, atrapándole entre sus dientes de serrucho? Pobre, pobre pájaro dentista al que le podía pasar lo mismo que a su difunto abuelo. Así que el pájaro dentista dejó el pico bien cerrado y también cerró muy fuerte los ojos para luego, cuando le preguntasen, poder decir sin mentir que no había visto nada. Porque el pájaro dentista podía ser tirando a cobarde, pero nadie le podría llamar nunca mentiroso, no señor.

Por eso, porque tenía los ojos bien cerrados, no vio que la niña negra se incorporó sonriendo coqueta al señor cocodrilo, dio unos pasos tímidos hacia él e hizo un gesto como si le saludase con la mano, ni vio al señor cocodrilo barrer la superficie del agua con la cola de puro contento que estaba y abrir la boca para sonreír a la niña con sus dientes blanquísimos —porque el pájaro dentista era un auténtico profesional— ni vio a la niña negra dar un salto hacia adelante, echar la mano hacia atrás y lanzar un puñado de tierra a las mismísimas fauces del señor cocodrilo, pero sí la oyó decir.

—Qué harta está una de viejos verdes.

Y cuando el pájaro dentista abrió los ojos, la niña negra había vuelto a desaparecer en la espesura, y ya entonaba el señor cocodrilo su canción

Pobre de mí, ngunga bombé, oyé, oyé,
mientras derramaba con facilidad unos enormes lagrimones que se escurrían hasta el agua haciendo que el río creciese a ojos vista, y que sin duda provocarían inundaciones en las aldeas de corriente abajo. El pájaro dentista se acercó otra vez de dos saltitos al señor cocodrilo, se le subió a las encías y se puso de nuevo a rebañarle los dientes con picotazos muy, pero que muy precisos.